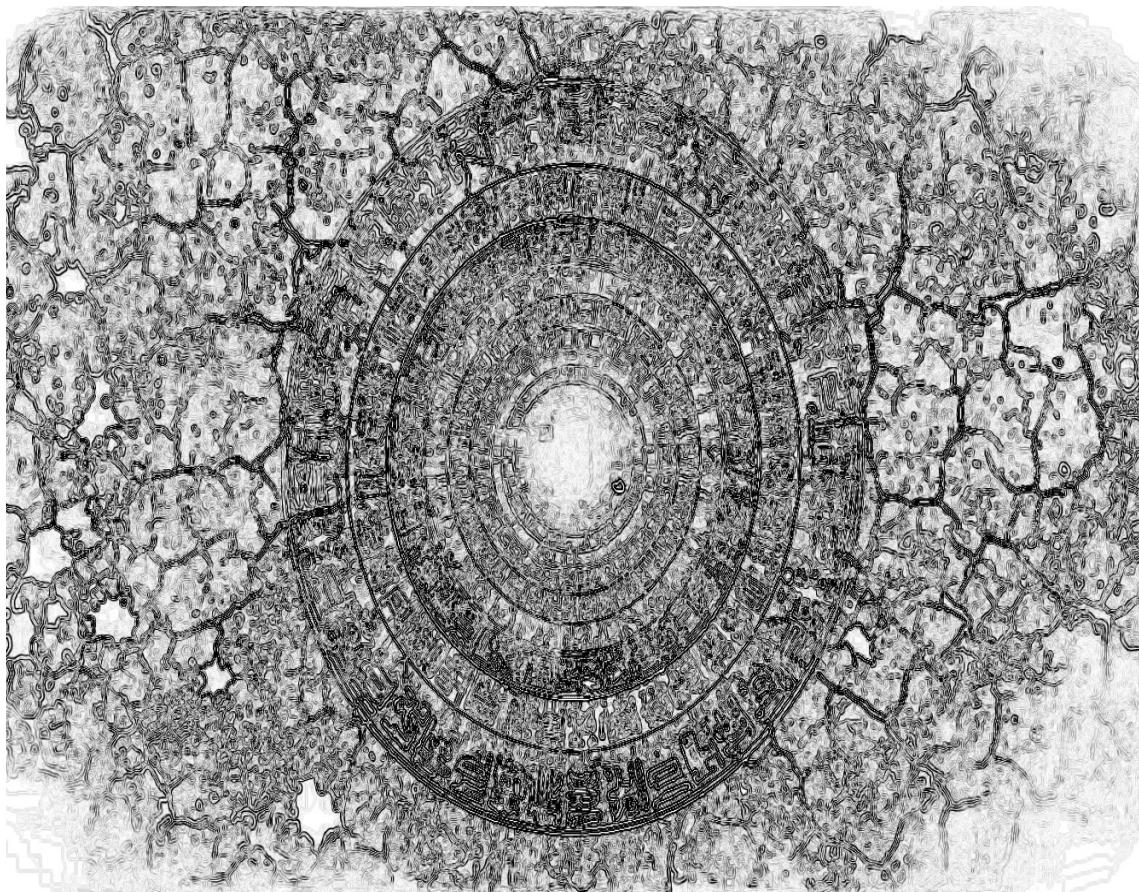


DOBLE SENDA

Víctor Raúl Jaramillo



© Víctor Raúl Jaramillo

© SADAY O EL OCTAVO DEL APOCALIPSIS
© COMO NADANDO EN EL SOL



Concepto editorial: Víctor Raúl Jaramillo
Diseño y montaje: Libre Acceso Ediciones
Fotografía del autor: Marcela Ocampo

Noviembre de 2025

Medellín – Colombia - Suramérica

El contenido de este libro puede ser difundido parcial o completamente en formato digital o PDF, siempre y cuando no sea con fines comerciales que ameriten lucro o para patrocinar intereses particulares que no sean el **LIBRE ACCESO** a la cultura y al conocimiento. Si usted decide hacer uso de este material, deberá citar la fuente de procedencia: autor/a, título, sello editorial y fecha de publicación, además de pedir permiso escrito a los dueños del *copyright* y, de ser necesario, pagar los honorarios correspondientes para evitarse sanciones legales.

NOTAS PRELIMINARES

Doble senda, porque hay dos caminos por recorrer: el pasado que nos anima a reconsiderar lo vivido, pese a que ya es algo que quedó atrás, pasado que, según el presente, tendrá otra mirada, sucederse de lo ya sucedido, actualización. Y, segundo, el futuro que se construye con la memoria resonante aquí, ahora. Un futuro incierto al que exigimos que ocurra, desde ahora, tal cual el deseo lo exige. Aunque no sea posible.

Dos poemas o escrituras o textos o qué se yo, algo ahí, dispuesto a no quedar en el olvido. Palabras más o menos dichas, presencia de una voz, o muchas, en camino. Esperando por alguien que, aún, las lea.

*

Saday o el octavo del apocalipsis:

A mi padre lo asesinaron el 15 de diciembre de 1990. En enero de 1991, por invitación de Sol, amiga que residía en Manizales, visité la ciudad.

Bajo un domo que llenaba de luna y estrellas la pequeña habitación adyacente a la que usaba Sol para descansar, escribí varias páginas de un tirón. Un texto con tres partes: el poema aquí publicado, una de corte esotérico que después de muchos años he perdido de vista, y otra que, junto al presente poema, engrosa una supuesta “novela” llamada Sonata de una muerte, publicada —a fuerza de tragos y desesperadas drogas que no me permitían la pretendida lucidez— por mi amigo Carlos Enrique Sierra.

Libro que he intentado “reformar” sin mucho éxito: una burda curiosidad.

*

Como nadando en el sol:

A partir de una investigación personal sobre el ángel y el demonio, después de asegurar que ambos están en el hombre y de no saber si se trata de elegir entre uno u otro, pero que ante todo debemos aprender a reconocerlos, comencé un ejercicio de escritura mientras releía las Meditaciones Metafísicas de Descartes. Una metáfora de Medellín, ciudad golpeada por la bestia-

lidad que imperaba en aquella época, y que tal vez tejía en sus adentros un hilo de luz.

Fue escrito en septiembre de 1995 y presentado al público en forma de libro mural, en la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia, por invitación de Luis Germán Sierra.

También hizo parte de Sonata de una muerte, editada en 2008.

*

Ambos títulos tienen correcciones según su versión anterior.

Víctor Raúl Jaramillo
Medellín, noviembre de 2025

SADAY

O EL OCTAVO DEL APOCALIPSIS

Lo que es igual para todos no interesa a nadie.

Antonio Porchia

*Y puesto que no hay salvación
ni en la existencia
ni en la nada,
¡que revienten entonces
este mundo
y sus leyes eternas!*

E. M. Cioran

PRELUDIO DEL INOCENTE

El poema es un cataclismo,
su canto es la contienda con lo absoluto
y viene agrio a combatir el destino:
lo enreda con su capa escondida
pero no teme
aunque lo agote su lenta galería tenebrosa;
aunque los párpados poblados de invasores
sean corazas insalvables para sus ojos.
¡Márchense de una maldita vez!
Le grita a los puentes y a las azaleas,
al gallo que suma cantos impares,
a los monumentos y a la soledad.
Quiere estar completamente solo,
sitiado por los elementos del desastre magistral
que pide su cabeza:
quiere amortajarse de granadas y hacerse pedazos;
quiere como quieren las grandes alas del cóndor,
magnífico de pasión y escalofrío,
poseído por la desbandada de los astros.
Intenta estar solo para comenzar la despiadada tarea
de acercarse a los jardines con garra filosa.
¿Alguien ha sorprendido por entero
a la serpiente que duerme
en el tronco silencioso que tiembla?
Echa hacia lo invisible su erecto espíritu de obelisco;
ata palabras para desatar acciones,
mas no hay otra noche
ni otro fagot arrinconado.
¿Qué le espera entonces?
Estar solo como el acertijo,
que viene, nos pellizca y se aleja,
dejando el sabor de un signo opaco y la duda.
Le queda retornar a las casas abandonadas
o destruirse como un volatinero

que deja pasar el trapecio.
Le queda interrogar los resabios,
destilar ligaduras, agonías,
devolverse sobre la roja pisada de los prejuicios
hasta erguirse y sentirse omnipotente con el abismo,
con su rito tenue y grave.

Entonces cruza la cama distendida del lobo
como una dinastía de reveses,
luz temblorosa, prisionera y filial.

Viendo el anuncio apresurado de neón,
el orgullo encementado del progreso:
lienzo sin museo
el perro destripado en la calzada,
postración y herrumbre,
atmósfera cáustica, vecindad demoledora.
¿Nacimos para estrecharnos en las calles?

Es su pregunta
y piensa que algún alumno de fina academia
pintará los decibeles ahogados
del niño epiléptico que se muerde la lengua
y la condena de la madre taciturna,
algún día.

Cruza la cama distendida del lobo,
madre puta y desvergonzada
donde el destino se alarga prodigiosamente
al olerse el pan de las carteras.

EMBRIAGARSE DE CELOS

Sí, es cierto,
los años nos cambian
y avivan nuestros rencores.

Cambiamos todos los seres,
todas las tierras y los cielos.

Todas las cosas cambian
y nos hurtan las ceremonias de los sonidos perdidos.
Somos causa y efecto resbalando en un ojo torvo,
fluido constante de sofoco, simulacro de abalorios.
En nuestras ojeras se columpia el desánimo
y una fila disciplinada de hormigas
nos alborota el asombro
que es uno de los imanes que rigen el mundo.

Frío como el alimento del preso,
forjando hendiduras de resabio en tus pies,
aspiras a ver nacer un árbol de oro
en el solar de tu rostro que escandaliza.

El freno de la Tierra
cuando está preñada
es anónimo a tu alharaca tremenda
y crees tragarte el mundo en un bostezo.
¿Dónde estás?

Apenas si te conozco cuando cruzas
con el cansancio de una ciudad en tu columna.

Víctima de una transgresión
has crecido en el silencio,
en el bolsillo adjetivado del silencio.

¿Tejiste la fantasía de las luces?
No temas al disfraz que es esencia en el hombre.
Asistes a reuniones de bienestar postizo
donde a hurtadillas se roba piedad para la depresión.
Pero ¿adhieres tu paso consternado
a la raza de las muletas?
Ve, aprende, y no vuelvas más.

Se una roca con sus súplicas, no hagas caso.

Pasa como pasan las balas

que sólo buscan dar en el blanco.

Que tu limosna sea callar y seguir adelante.

Esa pantomima es pobre

y es tu deber dejarla en la miseria.

Ve y aterriza como el gavilán,
sigue rompiendo, porque hay mucho edificio
que al menor soplo se derrumba.

Escarba en tus desiertos antes de volar
porque tu mente debe ser digna
del gusano que pretende escalar los cielos.

¡Seguir, seguir!

Continuar como el salmón,
como los búfalos de la fuga.

¡Seguir....!

Cultiva tu desesperanza y llegarás también.

¡Arriba, adelante!

O acabará el juego que se arruina,
los cuerpos faltos de custodia,
las mitologías y las fundaciones del porvenir.

Quizá esté empañado tu camino

y sea confusa tu dirección,
¡insiste!

Conquista los baldíos de tu territorio y siembra;
pero que sea la mejor cosecha
porque de nadie más será alimento,
sino de quien le brindó cuidado.

¿Crees suficiente el destrozo?

Aplauso tu humildad y tu atrevimiento.

Glorifico el desparpajo de tu desidia que retrocede.

Animo el bostezo amordazado del instante

recogido por tu prontitud
para aumentar la decisión.

Me inclino ante tu ira que se va a descansar

con las espadas al bosque.

¡Aplauso, glorifico, animo, me inclino!

Yo, el que no vale más de tres acordes de piano.

LAS NUBES DE CADA DÍA

¿Qué pasa?
¿Qué latente histeria
se mueve en los confines
de este castillo adolescente?
Pasa que los cuadros del infinito
caen sobre su frente
y la ortografía de una mañana negra lo acorrala.

Pasa que va atado de pies y manos
a la ceremonia de las hienas
con el alfiler de un esqueleto
punzándole los testículos,
atravesando sus sienes y baila.

¿Qué sucede?
¿Qué vibración de ponzoñas
pariendo néctar de azufre mueven al pupilo?
Sucede que es una isla bombardeada,
sucede que está aporreando desde el vientre
y no cesará hasta liberarse del castigo indomable.
Sepan que poner verdades en el vientre
es crear dioses o bestias.

Golpea hasta el cansancio,
elimina, insulta, es el cáncer,
incide, estruja,
preserva su identidad enmarañada
en encéfalos ancestrales.

Sale corriendo hacia sí mismo atropellando,
enjaulado, renegado, desmesurado, anquilosado,
arrancando cabezas,
probando la finura de los tejidos
con el filo de los cuchillos,
fusilando niños de su misma edad.

Sucede que se enamoró de una muerte,
termómetro de la inteligencia revolvizada de un huérfano.
Sucede que el alcohol hirviente de su cárcel

le brinca de ojo en ojo como un clavo
y el terremoto de los arquetipos
dejó damnificada su humanidad.

Sucede que es un archipiélago amurallado,
que lo expatriaron los continentes del abuso
en mitad de un océano de conflictos.

Ocurre que lo dejaron tirado
como él deja tirados sus trofeos
y se le muere la muerte
y lo deja crucificado a la máquina fatal.
¿Qué le espera entonces?
Estar solo como el acertijo,
ir gozoso en su ampollada maratón,
funámbulo sobre un alambre de púas.

EL FERVOR DEL EXTRANJERO

Heme aquí,
ritmo callado,
torre de espinas y cal,
alegría seca del extranjero.
Atisbo sobre la cúpula el ciruelo húmedo,
la pesadilla del océano embravecido,
los gemidos de la tierra
como un hombre que anticipa su regreso
al pueblo dormido
donde un perro flaco ya no ladra.
Despierto a medianoche
y los grillos hacen fiesta en el jardín.
Y tú, clima de incienso iracundo
¿qué haces al otro lado de los montes?
Huelo a sábado de serenata trágica,
a semen de vagabundo.
Enseño mi aura arcoíris,
invierto asustados sueños y vigilias
y escucho la metafísica de los hindúes.
Intento llegar a la verdad
que es esquiva y debe ser atendida a solas,
oficiando sacrificios conciliadores,
amando lo imposible.
¿Chapoteas en la bañera de tu corazón?
Hay que nadar como escualos
para entrar al salón de acuario.
¿Has otorgado al maquillaje tu equilibrio?
Llegará un caballo embrujado por tu balanza
para llevársela a la jungla.
¿Te ha hechizado el carnero?
Pon tu dedo entre los ojos
y atraviesa las antiguas parábolas de tus sentidos
hasta llegar a los balnearios que se unen al trueno.
Aprende de la fuente tersa sin delirio;

no temas repetir la prohibida medicina
de duendes y ocultistas.

¿Conoces el Carro de Cibeles,
diosa de la Tierra?

Si montas en sus leones
habrás visto los insomnios de las logias,
habrás cenado en los cuadrantes
del hábitat profundo,
habrás sostenido una conversación
con la alquimia dramática de la interrogante
sin turbarte por el eco que viene del eco
de tus bosques y calabozos boreales.

Sal y siente la eternidad
que brota incesante de tus elementos
y prolóngate en los demás,
jubiloso al otro lado de las paredes.

¡Traedme ventanas abiertas!

¡Traedme puertas abiertas!

¡Traedme bocas cerradas o clarividentes!

Traedme el muro que habéis sembrado en la frontera:

haré que se vuelva paloma,
lo pondré a nadar en mi sombrero.

Traedme los significados
y haré que bailen como una niña estrenando muñeca.

Para ser no es necesario el concepto.

Traedme la dualidad antes de que muera
para grabar su agonía en la placa de la experiencia.

Hemos puesto en juego la verdad y la vida
y en las aldeas se ríen de nuestra sabiduría.

Anda, moveos,
traed la obsidiiana y labrad un gran puñal
que interrumpa la barbarie sagrada del mundo.
¿Qué hay del sortilegio gitano aprendido
antes de poblar esta Tierra con andamios pútridos?

¿En qué biblioteca se escucha el punteo
del indígena que acaricia la tierra?

¿Quién nos enseñó el mal augurio del barranco?

Yo me descalzo,

mi diapasón se descalza,
la orquesta se descalza.
Recobramos el ardor salvaje de los leopardos:
con las manos y las lenguas y los dientes y las uñas
nos domesticamos en el golfo monstruoso del deseo.

Cuando el nudo se deshaga,
castigará al ruin que tiró el odio como una dádiva.
¡Juro que aún se revuelca en el sepulcro!

PARA CONTAGIAR LA CALMA

Hombres, niños del mundo,
mundos del mundo,
universos del mundo:
¡no vacilen, entonen la melodía de sus siembras!
He aquí el reino prometido,
el reino pisoteado,
el palacio de jaspe, perlas y aguamarina.
Abran sus ojos, extiendan su piel y palpen,
desarrollen su olfato,
aniquilen el ego herético que tienta sus oídos
y saboreen el elixir de los sexos
como si fuera la última plegaria.

Seguir esperando es fulminar el reino
multiplicado como los cabellos.
¿Quién te ordenó que dejaras las geografías aéreas
para golpearte en la memoria de los peñascos?
¿Fue necesario marcar tu pobre pellejo
con un porvenir de miseria?
¿Qué semilla se ha secado en tu garganta
como una oración?

Irremisible es nuestro destino de alardos,
el callar hace que declinen las cabezas.
Hemos cobrado cuentas falsas a la Naturaleza
y empujo la camilla sin sacar conclusiones,
porque una conclusión es excusa
para cruzarnos de brazos.

Hemos desatendido las palabras de los solitarios
y esquivado las señales dadas por el tiempo,
y esta es la amonestación:
ver el talismán incinerado por la ignorancia
y caer a la sima del desprecio.
La música baraja inviernos y selvas,
resonancia química de milenios,
relámpago incrustado en la materia.

¿Aún buscas quién te alivie?
Oye entonces la corriente que se desborda,
 la fuerza que se descongela
y es un canto coronado de pasión.
 Como una vasija estropeada
se regarán los continentes y las fortificaciones
y lo nómada, lo sin refugio, lo aferrado al limbo.
 Diremos adiós al sórdido espejismo.
Llorarán los ejércitos,
 habrá aridez,
el vigor quedará tendido sin pañuelos ni criptas.
La Unidad doblegará la eucaristía perversa
y enmudecerá luego de solidarizarse con la belleza,
pues aún nada ha sido creado y no existe absoluto.
Entonces la Sabiduría será esa paciencia
 que estará acompañada
por las oficiantes del gran sacrificio,
 donde un cráneo
es rescatado del jardín imperial que desfallece.
Denuncio la indomable forma
de un reloj descompuesto
que corre como un adolescente.
Cuando la respuesta es desolación,
 postergo mi predica.
Muchos habrán de salir para anunciar,
muchos habrán de callar para permitir,
muchos habrán de sentir revelaciones
 de grandes esferas;
porque el submundo de la conciencia
 pide las profecías.
A los hombres no se les puede salvar de la salvación.
Se unirán las cabezas que salen del sexo de los ángeles
y sus trompetas serán alas azules de mercurio.
Un solo ojo tendrá las miradas de los contrarios
y el nombre oculto en una mano
se acumulará en los días que siguen a la voluntad
hasta el yunque donde se forja el rumbo.
Muchos continuarán en guerra,

llevados por sogas que arden como el plomazo.
Si alguno sobrevive, se dirá:

este fue el lugar
donde el hombre asesinó al hombre
por el temor al hombre.

Música apostólica y renegada,
cántaro donde se desnudan los dolientes.
Música bestial bendita, te nombro en el ayuno.

LOS PAÍSES DEL ESTANQUE

¡Que comience la fiesta! El pretexto es ninguno. Imaginen que van a despedir al hijo que se monta en el vagón de lujo del suicidio universal. ¿Lo ven? Deja todas sus maletas y no está triste. No se amarga la vida con los misterios de la vida. Él también agota la vida en la vida, reverencia el gran milagro. Nunca cifra su ascenso en la traición o en el ofrecimiento de una moral inquisidora. Gime ante el baile de una hazaña, y cuando algún transeúnte levanta con miedo el lente roñoso del misterio, anticipa la locura. Está contagiado de nativos desnudos, pendientes de la pesca con la laguna hasta el ombligo. Contagiado de sal y manglares y del anciano barba blanca que saluda con sonrisa mueca despreocupado por la azarosa travesía. Que pataleen los negros con sus maracas y acordeones, que hablen por él las caderas paranoicas, que sean eco de sus pisadas los cortos circuitos, la velocidad y la estridencia; su delicia suena a volcanazos y lleva un otoño de ciervos en sus bosques. Arrastra la furia del cadáver del ángel caído, arrastra la náusea existencial de las anunciaciones, arrastra la serenidad de una fosa cubierta por la nieve. Confuso como un espíritu mal acostumbrado a la palabra, metido con quinientas compresas de té en la tienda de la muerte, su perseverancia es respetada por bandoleros y zorros. Lleva una carpa en el pecho y ningún paraje inmaculado lo detiene. Cuando el cansancio se embrolla en el eje en que se juntan los días, advierte el momento de partir. No para ni siquiera ante el ojo de una aguja. Esta aria de la existencia le parece terrible, mas cuando llega el coro siente la verdadera soledad. Sale de las cuevas del hielo y bebe la leche del paraíso. Entra a la buhardilla de los astros y sopla el traje de las encyclopedias. Encuentra una sola estampilla en el baúl y el cadáver de una golondrina que dejó estrellada la vida en el ventanal, en la transparencia del ventanal donde se zambulle la mosca.

Entonces piensa: *estamos llenos de vidrios que no se pueden quebrar; si ocurriera, el disturbio nos desquiciaría. Sin embargo, un resto de nosotros lanza piedras pidiendo el favor de la demencia.*

Él no quiere hombres o mujeres, está decepcionado de las divisiones. A él se le alimenta con la creación que es el fruto amoroso de la humanidad. Es tan grande como el precipicio y denuncia el trono donde se posa la virtud del estrago. No le muestren lenguas amaneradas que vacilan ante la realidad, cartas cargadas de otras orillas. Déjenlo absorber hasta la última letra de este naufragio. Él se mueve como una cometa en el torrencial y si mucho le halan de los campos, rompe la única cuerda y desaparece, porque se ha liberado de la invalidez. Siente que el desahucio le quema los talones y que sobre él ha caído la eutanasia. Rota sin descanso por la estación helada de los higos y los féretros. No espera dar ni recibir, su médula parasitaria ha claudicado. Si tocan a su puerta, que está sostenida por las bisagras del instante, ofrece lo necesario y cierra. No se le verá más. ¡Ahora tiene tantas puertas su soledad! No lo atormenten con groserías de animal domesticado, fraternal y culto. Bastante tiene ya con saberse parte de esta hoja sucia que insistimos en utilizar. Su madriguera es el verbo. No lo asedien, pirañas; no lo ronden, zorrillos; no lo intenten o descargarán el puño de sus verdades con inclemencia sobre nuestras casas. Él ya no le pertenece a las súplicas ni al arrepentimiento. Ha abandonado los escalones que conducen al deshecho humano. Si los cachorros del sendero lo ofuscan, les acaricia porque comprende su ingenuidad. Pero no debemos aprovechar tal osadía, tal pureza, o sus ojos que traspasan las cosas nos harán subir al púlpito y acostarnos para él y nuestros corazones rodarían para saciar la hambruna de la tribu. Al que él ha de invitar a brindar el mosto de la manzana, no esperará que se le devuelva amor y al darlo lo aumentará. Al que se gane su cariño irá vestido con la osamenta y el quijotesco ardor de la piel. No atiende a la censura que lo ensalza hasta enfilarlo en la línea de partida. No lo antojes a dormir cuando monta guardia porque eso es darle gusto a la inocencia. Ha partido y está rodeado de música, limpio, asquerosamente hermoso como un obrero con la mitra del obispo. No lo subestimes por ser sordo a tus necesidades. Camina mudo, surgiendo como el alarido de la astronomía. Es una línea de la página que se extiende sobre los tigres. Se interna en el ánimo desolado a perseguirse con mirada rapaz y su sombra brilla. Educa la voz presentando sus desvelos con la serenidad de una convulsión. Pretende alabarse en su pequeñez para honrar la grandeza de los otros. Sus alas son la intensidad de la vida. Cuando se sienta en el huerto donde solía jugar con sus amigos, se protege del sigilo porque es infiel y traicionero. Sus pisas

das son palabras. Sus palabras son acciones. Nadie le pertenece. Aún está batallando para saber qué lo ata a sí mismo.

Si se le presiona, su lengua es una tijera: *para comprenderme deberás nacer del agua, donde no hay tiempo ni lugar. ¿Qué me pides? No puedo darte otra cosa que la imagen de un ave que se riega en los atardeceres o la de un monje que arranca los jardines de flor marchita con un grito bestial de ciclope burlado, colérico como el poniente de un gran astro en cuyo corazón todos los soles bailan y los guayacanes se visten de nácar y rubíes. ¿No sería mejor que siguieras el rumbo acostumbrado y dejaras de fastidiarme? ¿Por qué no decides tomar tu propio rumbo? ¡Derrúmbate! ¡Sacúdete de silencio!*

Así se contradice el violador para ganarse el perdón de su sombra gigantesca. Porque está demacrado y feo siendo una piedra en el río. Entonces se levanta para ser el puente que cruzarán sus pies y el río agradecerá que se le deje correr sin molestias por el ancho valle.

Manizales, enero de 1991

COMO NADANDO EN EL SOL

*El viejo sol
no se mueve
de su sitio.*

Ernst Meister

*También el agua,
cuando la acaricia el sol, se eleva.*

Fernando González

PRELUDIO

1

Ignorando quién es, suspendido entre el aquí y el ahora, completa el universo. Semejante a la semejanza, a la comprensión total del mundo, majestuosamente inquieto, enorme y frágil acabado de salir del otro lado de la palabra. Origen donde se calcula la historia, porque la historia se calcula, se ordena, se afila, es el presente de todo lo que ha sido y debería ser: artificio humano, advertencia para que el juego prosiga. El presente no es el fin de la historia. El origen no es el límite de lo primero, su historia es el baile escondido en la raíz de la escritura, es allí donde el lenguaje funda el tiempo y el orden de las cosas. La fuerza de la voluntad se acentúa en la condición de un despertar que se apoya en la memoria donde son grabadas las evidencias del camino: saber quién se es sin confundirnos con otro, sin tropezarnos con alguien que haga dudar de quien realmente somos, duda concreta, cuerpo enfrentado con otro cuerpo donde la sed fusiona, el hambre afirma, sensación rapaz que amplía la herida. La historia es mientras el ojo sigue la corriente que se esfuma: metáfora del vientre hasta perder su libertad o hacerla más grande.

2

La claridad de su rostro será el agua, el viento, los elementos que se desaten en las raíces del olvido. Retornará la pupila a la tierra desconocida y aquello que se conoce traducirá el primer aviso de la presencia, los lugares donde se establecieron el signo y el símbolo en su acción inmediata, siempre en función de mantener el contacto con la conciencia de lo primero-último, de lo último-primer en el camino de nuestra vida, sin descomponerse, siendo el resultado de lo poético que se genera en la actividad de recogerse en las venas del volcán que engendra el fuego, fruto que transforma, magma de la carga humana. Desde allí, cúmulo del estallido, nuestra experiencia será liberada: cultivo del yo sucesivo, creador. Enamorados del espejismo, tras la

aventura de batallas inútiles. Nuestro cuerpo se alejará un momento mientras pensamos y nos reuniremos y seremos parte de la antigua conquista de la unidad. Cazadores de luz, la palabra será doble tormenta que menguará la fiebre de nuestros corazones impasibles donde está grabada la orilla del mundo. Sentiremos el esfuerzo por superar los años en silencio hasta lograr el canto. Algunas veces, la mayoría de las veces, dejaremos la mano extendida y nadie aparecerá y se perderá la continuidad de nuestra mirada. La juventud que se abruma en el trabajo de nuestra soledad será también hija profunda de esa noche sin porvenir que nos habita. Por esto brindaremos bajo el vino de la tenacidad y el pensamiento dictará la ausencia de los cuerpos hechos polvo y la memoria será el juego con la realidad, con la conciencia plural que nos recuerda la carne escurridiza que se dispara contra la eternidad. El lenguaje abrirá antiguos ritos, ciudades afe rradas a la contienda, al fracaso de la historia, a la línea intraducible de la sangre.

3

El nuevo sacrificio será en la locura, todos asistiremos y el crimen se reirá del miedo profundo que nos invade. Cada brote de sal alentará la noche con su marca escabrosa y algunos irán detrás, clavando su aleteo en el pecho negro del frío. Cada giro en el aire dejará sembrada la música de ángeles y demonios que otros ponen en venta en los sepulcros. Seremos un pájaro que huye, un rostro detenido en el desierto, rebasados por el hielo, incrustados en la arena, sin aurora, acariciando la garganta del caos, atragantados con el galopar de máscaras acobardadas, descubiertos ante la ceremonia mortecina donde se precipita la danza sonámbula. El poema es, ha sido y será la luz de la memoria. La historia cederá el paso y lo que hemos vivido dirá lo poco que sabemos.

PRIMER MOVIMIENTO

1

Astro uniforme partícipe de los desvelos, suma de edades, ángel presuroso que en la intimidad riegas la flor de la eternidad donde llegará el último beso, el viento renovador. Es de tu cuerpo esta bestia invisible que se arrastra derribando las casas donde se celebra el enigma, devorada por la noche en su instinto sangriento, sin saber la hora en que vuelve el espejo que la prefigura como el eclipse, criatura terrible, instrumento feroz que alimenta los panteones, soledad de los parques, húmeda soledad, convergencia movediza del silencio, carne obligada prisionera de sí misma. Sin dirección, en la armadura del viaje, extrañada avanza, perdida en el tiempo y celosa de toda proximidad, siempre puntual para el ataque de la voz que se le escapa al rebaño cuando se alimenta a punto de ser lo que no es, traduciendo la arquitectura de los pasos continuos por la demencia, ahí, en el habla fluctuante donde la señal conducía a otro laberinto, así iba jugando con el cuerpo que a sí mismo se perdía. Quien los contempla en silencio, descubre. Quien se les acerca muere en el acto.

2

Mas como prueba de la misericordia que los unía y como fuego que activaba la ceremonia solitaria que recordaba las guerras donde la muerte sonámbula no aparecía, su grito se desplazaba sobre los cadáveres: iba a estandarte milenario, a consigna lenta, a locura sin cabaña, a mano destronada, a paraíso que se derrumba sobre el ojo apagado, sin hablar y con la luz en su puño. Iba cabalgando la eternidad de la razón discreta que permite imaginar las batallas y corregirlas antes de consumar su hecho. Como vendaval desatado en el sepulcro, el grito de las espadas se abrió paso entre las sombras y el dragón anunció el encuentro desde el cielo. Eran ahora ángeles, eran ahora bestias, éramos nosotros ahora en la escritura de una ceremonia certera, conocimiento inmediato de las cosas que habíamos consignado en el tiempo, en la aris-

ca travesía por los mares, equilibrio del destino elegido, espacio del signo, correspondencia, sucesión.

3

Nadie nos sigue, a nadie atendemos. El árbol de los sueños no sostiene nuestra esperanza ni vemos en la libélula el augurio de los ejércitos. El sacerdocio de la civilización no se extraña de nuestra alma ni del ataque continuo de nuestra inteligencia. Sorpresa y doctrina que une los seres libres al sentido de lo humano. Buitre que ejerce su mandato en las entrañas de la tierra: día a día los días se repiten entre sí suplantando la llama blanca con sus ciclos crecientes de cielo que se dearrumba. Pero ahora nadie sabe. Todo desemboca en un mismo lugar. Ahora cambia la presencia, la soledad dadivosa y algo, cualquier cosa que sea, desata los continentes donde se calcula el tiempo irremediable, la grieta de su abandono. Entonces el delirio, inmóvil, espera.

4

El veneno obra sobre la mañana donde se presente la inmortalidad, el abrazo de una virgen que sella en su danza la soledad centrífuga que se incendia en las manos del instante. Nunca un lugar es el mismo lugar: la respiración, las palomas, las garras asesinas, la contemplación infantil de los siglos, los árboles insomnes. Todo encuentro es un artificio o un milagro. La trampa que el lenguaje provoca en su heredad. De aquí para allá la conversación del piano, la condena, la búsqueda de sí mismos y de nadie. A oscuras. Y la captura. Muerte viva y dolorosa desde el momento mismo del nacimiento. Nos morimos paso a paso, tejido vivo del pensamiento que se aproxima más rápido a lo pensado que a lo que somos: ráfaga de amores lúbricos a punto del hundimiento.

5

Ángel que destrozas tus alas sin remordimiento, en tu vientre, ahora, con el brillo de la espada que se clavó en la noche antes de que

tu bestia partiera. Caminando en la arena, resistiendo el péndulo de la melancolía como yo que también voy, cazador de corazones nauseabundos, de abismo en abismo atrayendo el imán de la sombra que aca- ricio con mi lengua terrible. Yo también estoy ausente de ti, fortaleza vencida por el sueño de los ahorcados. La nieve coqueta con la forma de los cuervos y el licor que escancian las montañas se estrella contra el mármol de mis palabras. El conocimiento de la huida de los cuerpos se añade a la lejanía de las cosas. Objetos amurallados a distancia del ser sublime en que se apoyan los recuerdos y los pensamientos y la refle- xión y la duda y lo sin porqué. Aquí voy, sin saber dónde es adelante, qué el paso heroico de una voluntad arremetida contra el trono absolu- to de la nada, siendo nada, máscara sin máscara que nos sorprende en el lento reloj de la costumbre. Nada que desiste del mundo, nada donde el saber humano se antoja de evadir toda construcción, calculando la medida justa de su obra, dispuesto a arremeter contra su propia mira- da. La obra de la nada donde se maravilló el genial hijo de una pareja de antropoides sin saber dónde es adelante y qué o cuál camino debían seguir.

6

¿Es acaso éste el capricho de la poesía, abrir puertas? ¿O acaso la tarea de la filosofía viva que dispara hacia el lugar donde una y otra vez el vacío hace presencia, paisaje y aventura aferrándose al alimento de las entrañas, a la costura de las cosas, al cambio y al asombro? Todo se divide, autonomía del símbolo, hoguera impasible de credos antiguos, más que antiguos sin razones, sin verdad, fénix renacido con algo por decir pero sin memoria, desvaído, enhiesto de capas translúcidas que se rompen con el menor guiño. La guillotina cae separando cabezas so- bre la pesadilla de nuestra fatídica noche, sacrificio del límite, lenguaje sin plegarias, herencia calcinada que resguarda la acción y el juego de los primeros años donde no hubo pena ni temor, afilando la conducta y los gemidos, la dimensión cautiva de los atardeceres, germinando en copas de asalto y burdas temperaturas en cada filamento de la escritu- ra. Borde contagiado de músicas negras y voces gangosas.

Materia vehemente el latido en el corazón de los hombres desnudos, todavía sin ser, llenos de naturaleza, ausentes de sí, a punto de declarar la guerra. Al acecho, perplejos, sin lugar. Ausencia, quietud, clausura donde preparamos otras perspectivas, otra forma de la caída, otra oscuridad donde el ángel recupera y empuña el amor hasta inundar de luz su boca y sus ojos y sus manos. Un amor que no distraiga a la roca donde fue grabada su existencia. La de ella, bestia compartida, instancia sin cuerpo de mente vigilante, cabeza en movimiento, sin nadie, bestia o ángel, sin distinción. En su esfera multitudinaria siendo la respiración de nuestros actos. Aquí, continuación de la certeza, del hecho que anuncia la experiencia y el motivo de cada cero entre las manos. En ese sitio se establecen las familias y los genios y la casta maldita que pinta la mañana al amasar el pan con mieles rancias. La conciencia desordena la baraja. La relatividad se despliega con el poder de la interpretación borrosa, brutal, diversa. El prejuicio impide la visión clara, la transparencia del acercamiento al problema, la relación activa, la conjunción, la bienvenida. La conflagración anula el mensaje, la transformación comunitaria lanza bombas tras los efectos del brumoso lenguaje, solicitud incessante, fragmentaria incomprendición del objeto. La época ha hecho aparecer su sinrazón, el pensamiento repetido, la animalidad sin cuerpo, el transido brote del iay!

El ángel lo sabía. La bestia lo sabía. Yo lo sabía. Todos lo sabíamos como el que no sabe, como el que sabe que aquello que no se sabe es su mayor sabiduría, como una indomable nube de cicuta que se precipita sobre la tierra, como la duda que consume y se atraganta. Asumidos en la confusión interior que nos vuelca a favor y en contra de las cosas, de las mismas cosas que soportan nuestros sueños, la suposición de un pensamiento que pretende comprobar la verdad perdida, la mentida imagen que nos resta. Rastrear, indagar, intuir, volver la vista con el ánimo de la apertura donde el acto sea la armonía entre las cosas y su nombre, movimiento plural que define visiones propicias para la inmolación. Canto del demonio acentuado en la concentración de las esferas,

disperso en los tejidos donde se anudan la salud que procura el conocimiento. Así se encarna la historia precipitada por el caos y crea símbolos en cada página de pobladas y lentas bibliotecas. Voluntad del mito a punto de arder en la ceguera del tiempo.

9

Lo sagrado da su vuelta al cosmos en un minuto o bien en un milenio como suele ocurrir con lo sagrado. Intimidad de la bestia que describe su carrera al filo de lo profano. Bestia o ángel o malestar presentido en las historias de la niñez. Vínculo atroz, fuente continua y ruptura. Exorcismo de la memoria, fracturado horizonte del vigía, aprendizaje reafirmando la calamidad. Salvaje encanto de la conjectura, guiño sorpresivo convertido en arcano, misterio crepuscular del rayo. Vivencia roída por su configuración, voz afiebrada, abstinencia del decir. Padecimiento de la luz, urgencia de la plenitud en medio del insomnio, dictamen que sustituye el juego, la parábola, la profecía.

10

El poeta recobró la rosa de las cenizas. El mundo pone su intelecto en los sentidos para diseñar los planos de la nueva ciudad. El llanto es la duda atravesando el lenguaje, sistema sin asidero, riqueza del pensar con su sentir, ángel que asoma el rostro en medio de la niebla, bestia de sí mismo. Recorremos el mundo fatigados de naufragar en oscuras filosofías, en sueños infructuosos, en vanas tentativas mientras esforzamos el cuerpo *más allá del otro océano*. Libertad empequeñecida por el maltrato a que nos somete el cansancio que se apodera del arrojo. Pero algunos se preparan para la caza, otros se despiden presintiendo el fin, los demás creen con firmeza en la victoria. Cada quien asume lo que no le corresponde pese al mutuo abandono, a la carne destrozada, al rigor del hambre que llevamos dentro. Si se rompen los hilos que nos sostienen no quedará nada, ni ángel ni bestia ni venero alguno. Y el silencio será total.

SEGUNDO MOVIMIENTO

1

Es el momento cero, nada queda sin lugar porque todo desaparece, los muertos agitan sus huesos, desbocados, irrumpiendo con nombres que nadie recuerda. Aventajados heraldos custodian la totalidad desde la nada, sin extrañeza. Un ave solitaria otea la grafía de los pasos que son consignados en piedras intocables del color de la danza. Multitudes acuden a sus oficios sin interrogar el prodigo: es lo que es y no otra cosa. Resguardado en cofres, el secreto es negado a quienes estipulan la gracia y levantan el puñal. La ciudad ha sido asolada por el desamor y la venganza, pero las caravanas brotan de la tierra ampliando el festín del mundo, centro múltiple con su arbitrio e indecisión. Sus manos erigen cabañas, respetan la sangre pero incautan los sueños. Se sacude la voz del hambre y es confundida con el desmoronamiento de lúidas montañas. Un niño embriagado lanza bolas de fuego al aire y ríe con la risa abierta, descomunal, sin medida. Se burla de quienes buscan los restos del ángel con que se avivan las vestiduras de la bestia.

2

Otros días quizá, otros abusos, otras torturas. Otro vientre que espera mientras la impermanencia desgarra el hastío. El fortalecimiento de nuestro camino obedece a las presencias, a la distinción de las cosas, al hecho de pasear por el mundo sin poner a gritar el cuerpo aunque no haya certeza y la realidad solo sea un atractivo espejismo. La vida se escabulle cuando el cansancio arrebata el pensamiento y el rumor de pasos imprecisos, a destiempo, cada uno con su movimiento obsceno incrustado en cada pliegue de la carne fatal, se detiene. Entonces llega la rendición, la libertad que ejerce el pulso sobre lo cercano, la memoria huidiza que se posa delante de nosotros sin disfraz y nos deja ahí, sin ocasión, sin nada por hacer. El ángel es una consecuencia del propio modo de ver que genera en cada acto la invitación a que la bestia hable por nosotros. La exigencia de construir una casa es infranqueable y ángeles y bestias saben que podrán entrar cuando sea necesario. El eco de

sus nombres se clava en la piedra y descose, poco a poco, el silencio que nos abriga hasta que las breves alas que nos sostienen son consumidas por la herrumbre. Somos vasijas rotas por donde escapan las palabras. El humus de la tierra canta con nuestras voces apagadas.

3

El arma precisa laceró las palpitaciones del enemigo. Cayó sobre la arena y su saliva se confundió con la sangre aulladora: serpientes siniestras saliendo de su boca. Escorpiones negros rodearon su cuerpo, la oscuridad de su mirada fue un comienzo y todo comenzar es el mayor logro. Ahora estaban juntos, uno y otro eran ahora transformación de la ley, cada uno en su dimensión, en su palabra, ángel y demonio frutos de la elaboración del lenguaje. Condición atávica de otra época que no era la suya, cumpliendo con el pacto adquirido, representándose a sí mismos en el juego que se juega sin motivo. Así, de ese modo, nos desenvolvemos en el cosmos, una y otra vez en los mismos lugares ante las miradas persistentes que nos sitúan en el cuerpo poético, en la distracción solitaria, en el bucle de lo impreciso, en la ausencia de amor: cavidad reservada al mundo y sus cosas, repetición que el futuro ve por primera vez.

4

Del círculo se desprenden hilos mohosos, su légamo se encabrita, tiempo que es pasado-futuro, presente-pasado, futuro-presente advertidos en la insistencia de los acontecimientos. Es el regreso de las murallas donde se fusilan los días, la insignia del perdón que se justifica en la herida, la carga de la cosecha sobre el barro dejado por la tempestad. El poema se excita *como nadando en el sol*, la reflexión supera los cuerpos paralíticos, las cruces ambivalentes entre luz y sombra. Ambas erguidas por una sola mano, acertando el eco de la muerte en territorios calcinados por el miedo, conquistando la vida entre mandíbulas rotas, coronando palabras en el centro de herencias marítimas, tentando el espacio en reducidas fábricas de sopor y tedio. El rito es adulación y rutina, frases hechas de cansancio e imposibilidad, lejanía recién nacida

invocando fantasmas que transitan por la escritura para que nombren el lugar que esperan habitar, para que intercedan ante la madera antigua del sueño donde se hospeda el milagro del trueno, el rumor de lo que existe y vibra con cada aleteo de la aurora, fluido de savia ignorada en medio del tropel, bebedores de fango ruinoso y orín.

5

Pensamiento y poesía nos dirigen hacia la comprensión visionaria de la realidad plural, del caos que es un orden diferente, otra naturaleza encarnada en la invitación al viaje. Pensar e imaginar entre destellos de rocío y piedra caliza para redescubrir el valor de lo primordial, sentido hermético, ideal mítico expresado en palabras que pasan de largo, minutiendo el deslumbramiento que rechaza a quien se descuida. Con nuevas gramáticas el concepto recupera el aliento y se torna alimento oscuro, convicción anclada a la necesidad, al repetido escupitajo del deseo: arritmia de la imagen confeccionada con asonancias cojas, desvalidas, cáscaras vaciadas de fruta pulposa, gastados trucos del malabarista que espera su pronta recompensa. La escritura soporta el vaivén de las horas cuando las vértebras se oxidan en los relojes.

6

Cae el telón y horroriza a quien piensa el misterio sin saber lo que le aguarda. Guerra frecuentando altares con sus bocas traicioneras hasta equiparar la ruina, el precio de la jauría centinela que cubre el despojo de cada escena. El destino se anuncia mientras construimos el mundo que nos ensordece, que nos ciega, que nos roba la movilidad. Se alejan las cosas como escrutando una pequeña luz entre velos, como una bandada de pájaros ante el estallido, como una tierra de nadie. No hay ángeles a sus espaldas ni la fuerza de una conciencia ilesa o casi pura. Tampoco bestias listas para la matanza: confusión de no saber ver, de morder el abandono, el espionaje que se acumula en las pupilas rodeadas por la lluvia. Quizás el encuentro con geometrías secretas no nos sea dado hasta no atropellar ese delirio que esconde la señal, que nos arroja ante la puerta abierta como un obstáculo. El hielo de las sema-

nas agiganta la geografía devastada, las estrellas emigran al hogar del enigma, el canto anuncia nuestra duda y el abismo nos toma por asalto. La luna atrapada ante nuestro asombro cuando cumple su ciclo, vientre taciturno gestando las garras y el puñal, el jardín donde acabarán los huesos que nos dieron la vida, es el fuego que se complementa con lo sido, lo que es y será, y se pierde entre cenizas mientras prepara su próximo incendio. No pierdas el pulso de su ritmo devorador.

7

Cesó el ruido. El sosiego aletarga el pensamiento que es cuerpo en reposo. El ángel recorre la empuñadura del alba. Al despertar no sabe cuántos días pasaron. Alguien le estuvo cuidando el sueño, la amante que susurraba letanías antes de dormir. Su propia sombra, su otro yo y los demás, su hijo que recorrerá la historia en busca de la perfección, del espejo que llora la noche, del mar donde naufraga la imagen veloz, la estampida de los cometas. Bestia iniciada en el crimen y la desgracia, muerte suspendida, pájaro sin alimento, profusión de sangre sobre las casas, herencia roída del canto milenario. Nos encontramos con nuestro origen cuando comienza la guerra contra el paso del tiempo, el acorde de sí mismo dentro y fuera de sí, entrechocando con la pregunta populosa, ignorando qué hacemos aquí, para qué, hacia dónde vamos, si será larga nuestra andanza solitaria, si el muro que no acaba de nacer se extenderá sin grietas a nuestro alrededor, cercando el impulso de correr.

8

Pensamos en vigías levantando la voz mientras acampamos en el engaño, abrumados por la soledad que nos hurta con el abrazo contagiado de nadie, de nada. Caminaremos entre arenas movedizas, saltando entre hienas, huyendo de la estaca que busca clavarse en nuestro corazón. Vamos por el mundo buscando la casa en el árbol donde está escrita nuestra biografía. Tal vez sí o tal vez no, hemos ido y venido otras veces antes de esta, desde hace siglos para sanar lo que ha sido envenenado por nuestras heces. Volvemos, pues, por nosotros, por nuestro de-

seo de llegar al otro lado del horror. Volvemos por lo que queda de nuestra humanidad, a recuperar los gestos ancestrales, las últimas falanges rotas que bien pudieron ser las señas de un brote primigenio. Surgimos sin que nadie lo prediga o a pesar de las predicciones y ordenamos el curso de los algoritmos antes de olvidar la cifra exacta que hemos dejado a merced del hambre. Nuestras naves van a la deriva.

9

Estamos cansados de herirnos con nuestro propio lenguaje, cansados de ignorar lo que ocurre, de sufrir el espanto del mundo. El paisaje que ronda nuestra realidad, el filo del hacha corta nuestros vínculos y todo vuelve a comenzar con cada hoja seca cayendo sobre la peste. Insistimos en la compañía de la sombra que no se atreve a hablar. Es la forma de prevalecer que hemos escogido: la luz sacude las cosas, grita sobre lo que no habíamos visto, despierta la insensatez de calles amorfas, las conversaciones mutiladas, las ráfagas a la medianoche. *iSi uno pudiera encontrar lo que hay que decir, cuando todas las palabras se han levantado del campo como palomas asustadas!* Voces ajena dicen lo que nosotros no podemos, algunas lo hacen mejor, sin engreimiento, sin rencor.

10

La construcción de nuestra verdad obedece a precarios impulsos que resuenan a partir de lo que otros dicen y que asumimos como una inobjetable revelación. De ahí nuestro temor al absurdo, al sinsentido, al rechazo de los demás cuando balbuceamos entre dientes lo que resta de sus palabras. Por eso la frustración dejada en nosotros cuando anhelamos descubrir un sol que nos ilumine, una radiante oleada que no llamamos en ninguno de los pliegues de esas pocas palabras, del exceso de tales palabras. Obligados al tropiezo. Sin un mínimo orificio por donde entre la luz, un ápice de luz.

TERCER MOVIMIENTO

1

Siempre buscando sobrevivir a nuestro tiempo, día tras día en la concurrida arena de los sacrificios buscando franquear el engaño en que nos sumerge la palabra, cadáveres al acecho de la casa que abriga la voz. Juventud arrojada sin misericordia entre flores de polvo y luz, suspendida en la argamasa de los pueblos que lloran el círculo roto, la voluntad ahorcada en las esquinas terribles del fin. Bocas reciclando moscas y ratas, hedor creciendo a su manera, desierto edificado en la culpa. Edades nacientes y sin esperanza tumbadas desde ya en el modo de ser de la obra ejecutada, caída la tarde, en los cuerpos asignados al grito. Juego que no es solo distracción sino experiencia viva, manifestación del objeto amenazado, del nombre en la lista, del sorpresivo insulto. Trabajo culminado en el balazo, sangre auscultando el asfalto, brote de extrañeza y desilusión. La historia conquista su puesto anteponiendo el baile contradictorio de la memoria y el olvido, el impresionable embrujo de los hechos.

2

Hay que ser en la acción y en la acción saber esperar, detenerse a tiempo es preciso: llegará el momento en que habremos de enfrentar el propio laberinto, la caída ígnea al iracundo mar. Cuando la caminata de los solitarios acosa la lucidez de las multitudes, sus verdades huyen, se esconden, la duda difama, se torna hiel lanzada a las casas con su enfado, escalpelo en la mirada, cincel en cada dedo, ruina de la luz.

3

El sobresalto cae sobre quienes se han encontrado cara a cara con la locura y anhelan un piso seguro, tierra firme, un fuego que acaricie su desasosiego. Alguien señala a los jóvenes que se aventuran a despistar las semanas, su danza febril, el llanto. Sus corazones entumecidos y

el brillo acuoso de sus miradas dicen que algo podría suceder. Pero no caben en sus casas, son desalojados de la costumbre que los ha enajenado, del origen donde reconocen el crimen. El eco supremo del delirio los arrebata desde fuera, los arranca de tajo de la realidad, arremete en sus sueños con el monstruo del descalabro. La exaltación viola su adentro y engancha a sus pasos la tortura, un camino miserable. Lo que muchos temen es llegar a enloquecer, no descifrar las señales a tiempo, perderse en el bucle de numerosas pesadillas, sin destino, desorientando. Hay quien se ríe de esto y cree estar loco.

4

Todo puede suceder. No hay límites, no hay cómo detener lo que se ha puesto en marcha. Parece que frena su ímpetu, que descansa, que no seguirá, pero no, continúa tras la niebla, sin que podamos reconocer las consecuencias, lo que no se puede remediar. Cada paso conduce al mismo lugar, cada vistazo sobre la roca simula un giro, cada mano sobre la llama edificante es el borde del abismo, cada palabra acariciadora teje también la fiebre. La muerte inevitable es un viaje por la ceniza, una luz manchada de luz, la voluntad hundida en la nada.

5

Cuántas cosas que cansan a través de los años y admitimos como verdaderas, cuánta torcedura, cuánto resabio. No hay forma de salir del ciclo maquinal del engaño, del espejismo que premia y castiga, de la amonestación que nos despoja por dentro, que emparenta los acontecimientos con la ilusión, el simulacro y la mentira. Se agrieta la lucidez y ahuyenta la semilla de lo que ha de ser, turba el designio de lo que es, anula toda pretensión. Pero nadie puede negar lo que ha sido por siempre, no hay quien pueda destruirlo. La trampa ha sido puesta por nuestro miedo al querer descifrar lo que ignoramos, sin medir lo que se destaca a través de suertura, anhelando saber lo que permanece en secreto. Alguien vive en función de horizontes, algo tendrá que quedar de todo eso. El presente aviva lo que ha de ocurrir, su envés lanza el eco desde la bruma, ahora, lo que se tiene a la mano está por hacerse. Para

no equivocarse hemos de darle tiempo de que hable con su propia voz, no con la nuestra. Habremos de ver sin que los ojos ordenen lo visto, con la piel serenizada. Otro más dirá que cuando se llegue arriba hay de tirar la escalera.

6

Ha sido derribado el muro para que puedas visitar el otro lado de la verdad, el hogar de tu contradicción, la enmienda de tu certeza. Cruzan las caravanas por donde se aglutina la inmundicia, con las piernas quebradas y los costados agujereados por el despropósito que fornicó en ellos, insistente. Reconoces el odio que sujetó ante nosotros los ídolos cuando la infancia dejaba los parques. Golpe tras golpe la iniciación no ha servido de nada: comprobamos el prejuicio, la bilis moral, el que-jumbroso mármol de la envidia. El peso de las tumbas confirma el tronco subterráneo de la memoria travestida por las dádivas del poder. Escribas sin escrúpulos matizan la hediondez, cubren de lino los cuerpos despellejados por el hambre, cuarteados por la brutalidad que se alza en los púlpitos. El retorno aviva la herida, la llaga reposa en la noche, ulcerados ritos encienden de nuevo las hogueras. La ceguera catapultó el milagro sobre la carne retorcida, la inocencia es envilecida por la sed del verdugo, el aliento se apaga como una cascada de estrellas sin nombre. Lo que nos hacía libres ha dejado de importar.

7

De un momento a otro la *danza macabra* aceleró nuestras vidas y entendimos el subrayado de lo propio, la confirmación de nuestra individualidad. A la manera de un libro que leíamos enfurecidos, la ciudad nos mostraba el escepticismo amontonado en la alucinación, el cementerio violado en el exceso de los ocasos, el toro mordido por la espada. El mundo se dobla para vomitar su fuego en la visión de quienes inventan el futuro a pesar del cansancio: deseo encadenado que tratamos de ocultar. Héroes de nuestra propia ebriedad, nada nos obliga a volver y mucho menos a dar el siguiente paso. El triunfo se emparenta con la dificultad, el acierto con el talismán que guardan los ríos subterráneos.

Las palabras vencidas del otro se desvanecen en nuestra voz, la fantasmagoría del tiempo cumple con llegar, no importa si acierta con la hora exigida. Toda desnudez es un aguijón cargado de veneno, una expiación de la carne condenada.

8

Ahora que estamos ahondando en nosotros mismos nos percatamos del hecho que nos distanciará definitivamente. Ahora que amamos la muerte prepara su emboscada. Este hombre que se viste de buena conciencia se está pudriendo sin saberlo. La paciencia se ha corrompido detrás de los muros, la calamidad se columpia clandestinamente en la venia de los atardeceres. Una guerra inclemente se acomoda en las habitaciones ansiosas de la codicia y el embarazo. El crimen impune es el azogue de la juventud que intenta romper para no perderse en lo que siempre ha visto. Algunos se complacen porque todo final es inmodificable y carece de recompensa, porque la virtud es menos fuerte que el vicio. Necesitamos entregarnos a la vida para conocer el signo exacto de la muerte, que todo lo que justifica la vida lleva la muerte escondida en su pupila, que morir es aceptar la nada o lo que tú creas, la liberación, la fiesta eterna, el cruel engaño.

9

De pronto todos los hombres han adquirido conciencia del terrible principio de injusticia que involucra nuestro tiempo y, sin embargo, la violencia se vende en todas las esquinas sin reclamos, como queriendo decir que es notable el alarido del fin. Lo que nadie imagina es que esta es la respuesta de nuestra naturaleza acrisolada en la desviación, indiferente a sí misma, sin balanza para instaurar un sentido que ofrezca la llave de la transformación. La dualidad ha establecido su conflicto en la comunidad, mas hay quienes muestran que el entendimiento entre contrarios solo se realiza en la aproximación del uno con el otro, en la cópula de sus manifestaciones. Comienzo y fin, mérito y yerro, ángel y demonio están en cada uno, por esto debemos confiar en la desnudez

del abismo. Si hay peligro de caer, caer, dignos de la caída. Quejarse es inútil y hablaría mal de nosotros.

10

Corregir nuestra crueldad es, según algunos entienden, afinar sus procedimientos, mejorar sus resultados. Recorrer el mapa de nuestra estirpe es allanar al santo y al asesino, al lobo y al cordero, al crucificado y su crucifixión. Todo consiste en saber quienes somos para que esta inmolación de los siglos se distraiga en la ausencia de meta y respirar por primera vez un aire sin excrementos. Alguien propuso que pensáramos en la vivencia de ser guiados, y lo hemos hecho, pero algún otro nos rechazó y sembró en nosotros la decepción, rompió la quijada en nuestra cabeza, levantó la espada en su nombre y envenenó el agua y propagó la sequía. Dueñan los mitos invariables de la tribu, el canto del pájaro que afirma la mortandad, el presente que ofrece la luz de una oscuridad ajena.

ANTES DE NAUFRAGAR

1

Sin la excitación de la bestia, sin su intoxicadora presencia, el ángel no tendría sosiego. Cada impulso contaminador trae detrás la necesaria depuración, contraste que genera la salud, pudor ante el anhelo de huir. Contradicción que se acompasa en el mismo ritmo pendular de la existencia, contraataque de lo que se es para ampliar los dominios de la oportunidad y la indiferencia. Torrencial que rasga las vestiduras.

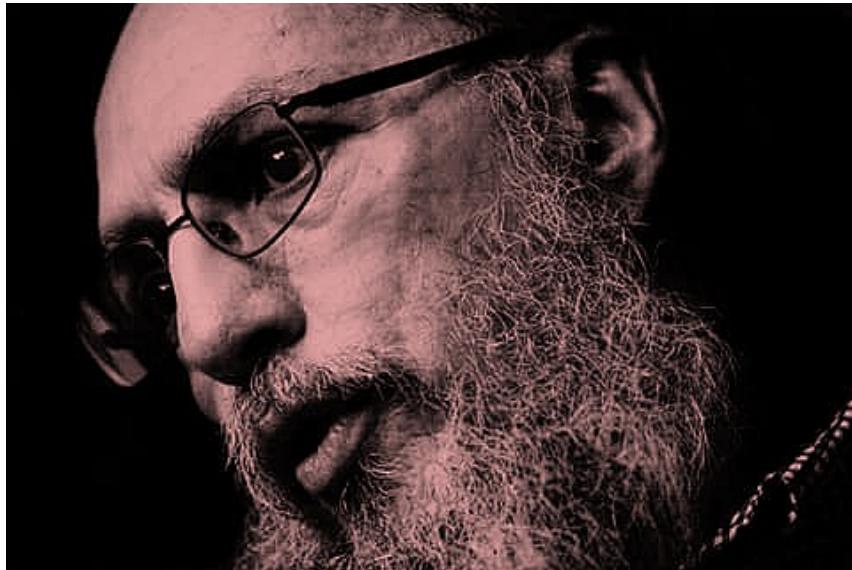
2

La poesía deja entre líneas el pensar que libera al mito y le da confianza, la apropiada meditación que hace de sí una doble puerta, un cruce de umbrales donde lo humano se afianza en cada extra-delimitado horizonte. Las palabras saben lo que dicen, pero ignoramos su conexión.

3

Para impedir que la obra concluya, la muerte ofrece su guadaña.

Medellín, septiembre de 1995



© MARCELA OCAMPO

Víctor Raúl Jaramillo

Colombia - 1966

PhD en Filosofía y vocalista de la banda de ultrametal ReeencarnacióN, ha parido varios libros entre poemas, relatos, aforismos y ensayos. Nacido y amamantado por la niebla, es aficionado a las ocurrencias y al puñetazo del ruido. Espejo azogado entre voces rotas, cree que es el momento y grita, da manotazos, se hace oír. Pero sabe que el silencio contiene todo lo que necesita.

Luz desgarrada en la noche, suele ser un delirio humeante. No cree en los que son fieles al código, y se ríe de su prontitud para obedecer. Quiere que todo ocurra ahora mismo, pese a su lentitud para pensar. Sus palabras son un mero tanteo, fantasmas magorías de la memoria que bordean el vacío. Retrocede al avanzar y remonta las alturas cuando cae en el sueño.

Cuando camina un punto fijo se lo traga y nadie sabe si regresará o si está muerto... si alguna vez estuvo vivo, por ahí.